

religiosos» de Quatrefages. Estos hombres de los bosques, agazapados en sus escondites y en la maleza, alimentados suficientemente por los frutos, las raíces, las gomas y los meollos que les da la selva, viven y mueren en paz, sin luchas intestinas y, hasta ahora, sin guerras con sus vecinos. Acaban de hacer conocimiento con las tribus limítrofes y es cosa de preguntarse si su encuentro con «hermanos en humanidad» contribuirá á hacerles felices.

A primera vista puede parecer sorprendente que esos aborígenes tan débilmente desarrollados en cultura hayan nacido en una comarca tan rica en producciones espontáneas, tan favorecida por las condiciones del clima y la fecundidad del suelo. El conjunto de la Insulinda puede considerarse como la región por excelencia de la fuerza y de la belleza creadora, y la isla de Celebes en particular es de todas las tierras índicas la que mejor responde, por la magnificencia y la hermosura de sus paisajes, por el esplendor de su vegetación y por la variedad de sus especies vegetales y animales, á la idea que el poeta se formó del paraíso terrenal; es aquel el lugar de elección tan perfectamente adaptado á todas las necesidades y á todos los goces del hombre en que el bienestar y la felicidad no serían turbados si no fuese por el capricho del hombre mismo. La Insulinda es la parte de la tierra donde nacieron y viven todavía algunas de las especies más notables entre los monos antropoides; es la región donde se han encontrado recientemente los restos fósiles del ser intermediario en que los antropólogos ven al personaje de trasmisión entre los pithecos y los hombres. Es la que fué cuna del antropopitheco; es allí, tal vez, donde la humanidad adquirió conciencia de sí misma.

Sin embargo, en la isla más bella de

esa región exuberante de vida creadora es donde los viajeros descubren al pueblo que entre todos los primitivos parece haberse quedado en el lugar más humilde dentro de los límites de la cultura. El hecho parece á primera vista inexplicable si no se tiene en cuenta que precisamente los favores del suelo alimentador son los que mantienen á los hombres de los bosques en su estado social originario. Tienen la comida y el abrigo, la dulzura del cielo y la generosidad de la tierra; por lo tanto, no les mueve la utilidad de ingeniarse para buscar en otra parte ó allí mismo mejores condiciones de existencia; ninguna solicitud de su destino les conduce á descubrir productos, procedimientos ó instrumentos nuevos; siglo tras siglo van viviendo satisfechos de su suerte; la vida les es dulce, ¿para qué habrían de cometer la locura de querer cambiar?

Empero la inmutabilidad de la vida social de los Ta-Ota no se explica únicamente por las facilidades de la vida material que proporciona la bondadosa naturaleza. Estos desgraciados fueron «nacionalistas» mucho más lógicos y perseverantes que los de Occidente, que se agitan desde París á Chicago y desde Londres á la Côte d'Azur. Los hombres de los bosques vivían como tímidas bestias, procurando no hacer ruido, para que no les descubriesen al pasar los cazadores, cuidando de ocultar el sitio en que dormían y de no dejar ningún rastro al hacer sus excursiones en busca de la comida. Hábiles para encontrar lugares retirados donde nadie pudiese perseguirlos, huían del hombre temible que manejaba el venablo y el cuchillo. Así consiguieron subsistir y conservar su especie, mas, ciertamente, sin aprender nada; ellos no gozaron como los otros hombres, el fruto del árbol de vida.

Pero al menos ya entran, á su pe-



BIBLIOTECA DOMENECH. Acaban de llegar las siguientes obras: APUNTES DE UN DESCONOCIDO (2 tomos), LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, EL ESPADA MONTES y LA VOZ DE LAS CAMPANAS.